

¿Cuál es el lugar del PSOL en la crisis nacional?

Via [Fundação Lauro Campos e Marielle Franco](#)

Estamos en medio de la crisis más grave de la historia de Brasil. Es posible que terminemos 2021 con 800 mil o incluso un millón de muertos por Covid-19. Las estadísticas demográficas ya registraron, en mayo, no solo 400.000 muertes oficiales, sino 600.000 muertes más de las que se hubieran esperado sin la pandemia. La pobreza crece a un ritmo acelerado y el hambre reaparece en el país. La esperanza de vida media de la población ya se ha reducido en dos años. La selva amazónica está al borde de un colapso que podría afectar a toda la humanidad. Jair Bolsonaro, exponente extremo de la derecha neofascista, promueve la destrucción de la vida como político.

El ex capitán llegó al Palacio del Planalto como catalizador de una vasta coalición de intereses, prometiendo una vía de escape ultraliberal a una crisis nacional. Esta crítica de extrema derecha “antisistema” del globalismo cosmopolita neoliberal ha sido animada por Trump desde el principio y ha prosperado a partir de entonces. Ella ahora se debilita con la derrota de Joe Biden.

El cuadro de decadencia y crisis en Brasil ha recorrido un largo camino, así como el malestar que genera, que permitió la elección del actual presidente. Su marco es global: la civilización capitalista, financiarizada, produce bienes superfluos y deja de producir lo esencial, comprometiendo los procesos de reproducción social. Esta civilización agrava las desigualdades sociales – de clase, género, raza -, regionales e internacionales; profundiza el autoritarismo político en todas partes; y continúa llevándonos a una catástrofe climática, con una sexta extinción masiva de vida en el

planeta. Parece no haber duda de que estamos viviendo, en estos días, desplazamientos tectónicos, cambios de alcance secular, sólo análogos a los que ocurrieron en las grandes guerras de la primera mitad del siglo XX. El caso de Brasil es, en todo caso, extremo y la lucha por derrotar a Bolsonaro organiza, hoy, la disputa política en el país.

Crisis es un término tan repetido que parece volverse un lugar común, sinónimo de reveses y deconstrucción sistemáticos o recurrentes. Pero todo indica que estamos siendo conducidos, al menos en nuestro país, a una época de diferente calidad, de acumulación explosiva de conflictos, indeterminación y decisiones, una época que los griegos -en contraste con cronos- denominaron kairós. Un tiempo que, si puede asimilar rápidamente lo que se ha construido con paciencia, también abre oportunidades para nuevos comienzos.

El país avanzó en la globalización neoliberal, a partir de 1990, con la apertura de la economía por parte de Collor, manteniendo una fuerte dominación oligárquica. Privados de un proyecto nacional, estos estratos priorizaron sus raíces terratenientes, extractivas, predatorias, primarias exportadoras y autoritarias, representadas por el "Centrão" y defendidas en políticas llevadas a cabo tanto por los gobiernos del PSDB como del PT.

La pregunta de la que no podemos escapar es: ¿qué es y será el PSOL en medio de todo esto? Creado hace 15 años como herramienta de resistencia, pero también con grandes ambiciones estratégicas, parece, hoy, dejarse llevar por las olas de una gran tormenta. Llevar a cabo una política rutinaria, incluso con las justificaciones más sensatas, es, en una situación muy extraordinaria, una tontería.

Decadencia, crisis nacional y malestar

Gran parte de las izquierdas críticas de Brasil comparten un diagnóstico: Bolsonaro y el bolsonarismo expresan

determinaciones más profundas de los procesos nacionales e internacionales en curso. El ex capitán llegó al Palácio do Planalto como catalizador de una vasta coalición de intereses, prometiendo una vía de escape ultraliberal a la crisis nacional. Lo hizo como parte de un proyecto global: una respuesta nacionalista de sectores burgueses de muchas partes a la nueva era de estancamiento de la acumulación productiva y de reorganización geopolítica del mercado mundial, cuyo centro de gravedad se desplazó, después de 2008, al Pacífico. Esta crítica «antisistema» del globalismo cosmopolita neoliberal por parte de la extrema derecha fue, desde el principio, alentada por Trump, prosperó a su paso después de 2016 y ahora se debilita por su derrota ante Biden. Fue la incapacidad de responder a la pandemia lo que golpeó rápidamente la popularidad de Trump y acentuó las debilidades y contradicciones del proyecto y del bloque que lo apoyaba.

Sin embargo, Brasil, a diferencia de Estados Unidos, vive una crisis mucho más profunda y aguda, que se ha hecho evidente para todos, al menos desde 2013. Entonces, la percepción del largo proceso de decadencia de sus estructuras productivas, la desarticulación de la capacidad de acción del Estado, la escalada de la precariedad y la inseguridad social, la falta de sentido de la participación en proyectos colectivos y la crisis ambiental, se manifestaron como malestar de amplios sectores ante la ausencia de perspectivas y proyectos de todas las fuerzas políticas en escena.

El marco constitutivo de esta crisis nacional es amplio. En la segunda mitad del siglo XX, Brasil pudo transformarse en un país urbano-industrial, con una producción manufacturera (excluyendo la minería y la construcción) que alcanzó el 21,6% del PIB en 1985. La industria brasileña era entonces una de las más modernas del mundo.

Quinto país del mundo en territorio y población, Brasil parecía destinado a convertirse en un gran polo capitalista y reestructuró su izquierda a partir de las luchas de la clase

obrero fordista. Pero el país avanzó en la globalización neoliberal después de 1990, con la apertura de la economía por parte de Fernando Collor de Mello, manteniendo una fuerte dominación oligárquica. A falta de un proyecto nacional, estas capas priorizaron sus raíces terratenientes, extractivas, depredadoras, primario-exportadoras y autoritarias, representadas por el Centrão y defendidas en las políticas ejecutadas tanto por el gobierno del PSDB como del PT.

Así, la inserción del país en la división internacional del trabajo disminuyó y la economía se reprimarizó: en 2004, la participación de la industria en el PIB era del 17,9%; en 2015 había caído a sólo el 9%, un lastre colosal de la apuesta de los gobiernos del PT por el boom de las materias primas. Brasil pasó de ser la séptima a la duodécima economía del mundo y volvió a ser un país agroexportador, con pocas islas de excelencia industrial y tecnológica. A partir de los años 90, el país cedió pasivamente los sectores digital y farmacéutico -por mencionar sólo dos- a las empresas estadounidenses, en un momento en que todas las «potencias medias» pretendían dominar estas tecnologías. La agroindustria, la minería y la extracción de petróleo se volvieron mucho más capital-intensivo, pero en una sociedad donde el 85% de la población es urbana y el sector de los servicios sólo se sofisticó en asociación con la innovación tecnocientífica. Paralelamente, y como resultado de esta decadencia, la estructura social se ha vuelto a simplificar y los horizontes de movilidad social se han cerrado.

Estos cambios regresivos no son sólo un reflejo de la reorganización global del capitalismo o de la dominación imperialista (aunque también lo son), sino el resultado de las decisiones tomadas por los actores políticos. Surgieron internamente, por un lado, del «presidencialismo de coalición», consagrado con la Constitución de 1988 y una nueva «política de gobernantes».

Por otro lado, la política económica neoliberal, mantenida

intacta en los ocho años de gobierno del PSDB bajo FHC y en los casi 14 años de gobiernos del PT, bajo Lula y Dilma: el mantenimiento del trípode macroeconómico neoliberal de tipo de cambio flotante, metas de inflación y austeridad fiscal.

Celso Furtado hablaba, en 1992, de la construcción interrumpida de Brasil. No se trataba de una fórmula retórica, sino de un diagnóstico sagaz de lo que estaba ocurriendo; esta construcción nunca se retomó, porque requeriría una política «reindustrializadora». Y todos estos gobiernos también compartieron el extractivismo y la depredación del medio ambiente, que se derivan del lugar que ocupa el país en la nueva división internacional del trabajo, que hoy sitúa a Brasil en el epicentro de la crisis climática.

El resultado de la transformación de la población brasileña en consumidores sin ciudadanía activa fue la neoliberalización de la sociedad en su conjunto, la «destrucción de las estructuras colectivas capaces de frenar la lógica del mercado puro» (definición de Bourdieu del neoliberalismo).

Evidentemente, los gobiernos de Temer y Bolsonaro han llevado las tendencias regresivas a un punto suicida -que no es despreciable- pero ya habían sido construidas activamente por FHC, Lula y Dilma con la «inserción a través del consumo». El malestar, creciente desde hace dos décadas, se manifestó en 2013, bajo Dilma, cuando se hizo evidente que Brasil estaba «perdiendo el tren de la historia». Brasil aparece ante el pueblo como un país sin futuro en las corrientes de la historia que se ha ido imponiendo en el siglo XXI.

Esta regresión y falta de perspectiva creada por las políticas neoliberales afecta a todo el tejido social. La precariedad de la vida en las últimas décadas no está ligada únicamente a las herencias del pasado (de la esclavitud, del autoritarismo...), ni sólo a las idas y venidas de la formalización de las relaciones laborales -que avanzaron bajo los gobiernos del PT, para retroceder después. Están vinculadas principalmente a la

naturaleza de las actividades realizadas tras el agotamiento de la industrialización fordista, cuando la generación de empleos urbanos comenzó a producirse en un sector terciario creciente, amorfo y empobrecido.

Fue la mercantilización generalizada de la vida la que dio lugar a una sociedad en desintegración, de individuos indefensos, «emprendedores» lanzados al mercado sin frenos, que se volvieron neopentecostales (tras la destrucción de la Teología de la Liberación por parte de Juan Pablo II), acogieron a Bolsonaro y alaban el darwinismo social porque expresa sus condiciones de vida. Bolsonaro, como otros líderes neofascistas, no discute políticas sociales, defiende -frente al liberalismo cosmopolita- una concepción del mundo orgánica a esta nueva realidad del capitalismo ultraliberal. ¡Ningún otro ha estado a la altura para contrarrestarlo!

La economía brasileña ha seguido en los últimos treinta años una trayectoria contraria a la seguida entre 1930 y 1990, y también a la de muchos países de Asia Oriental. La textura de la sociedad brasileña actual es casi irreconocible en comparación con la de los años 80, cuando se formó la última gran generación política de la izquierda en el país, una generación que no supo ofrecer una salida al neoliberalismo y acabó creando las condiciones en las que prevalece una extrema derecha reciclada. Esta es la raíz, para cualquier análisis estructural y materialista, del profundo malestar que aflige a todas las clases populares en Brasil, que las enfrenta a lo que perciben colectivamente como el «sistema» y la política institucionalizada en él. Es por esta crisis que la izquierda todavía necesita presentar, al menos, un horizonte de salida.

Bolsonaro profundiza la crisis de perspectivas

El gobierno de Bolsonaro, prometiendo una salida a la crisis nacional, la ha agravado, acelerando el desmantelamiento y el aislamiento del país. La combinación del ultraliberalismo con el neofascismo no sólo ha afectado a las clases trabajadoras,

sino que también ha contribuido a deteriorar el entorno empresarial del gran capital en las condiciones del capitalismo global. Lo que crece bajo su dominio es una lumpen-burguesía incapaz de establecer su hegemonía en el seno de la clase dominante, pero cuyos dirigentes aspiran a impedir una movilización permanente de la revuelta popular.

En la coalición instalada en el Planalto en enero de 2019, todos miraban a los demás. Con la salida de Sérgio Moro del gobierno, en abril de 2020, fue Rodrigo Maia quien, desde la presidencia de la Cámara, pasó a cumplir el papel de limitar los daños que el presidente y su círculo promovían a los negocios de la gran burguesía globalizada. Sin embargo, buscando liberarse de la tutela de Maia, Bolsonaro se alió y tuvo que entregar gran parte de su gobierno al Centrão - vencedor en las elecciones de este año para las presidencias de la Cámara de Diputados y del Senado.

Un mes después, en marzo de 2021, el ex presidente Lula consiguió que el juez Edson Fachin, hasta entonces uno de los activos defensores de la guerra de leyes encabezada por Moro, retirara las condenas en su contra. El regreso de Lula a la escena fue un reconocimiento de la derrota del centro neoliberal, de su incapacidad para hacer frente a la extrema derecha por sí solo.

La habilitación de los derechos políticos del ex presidente por el STF -el mismo que sancionó su condena en 2018- redefinió el marco político, que se ha vuelto crítico para la gran burguesía. Esta iniciativa busca canalizar las energías de la oposición a Bolsonaro hacia el proceso electoral de 2022. Lo que mueve a los de arriba no es una identidad con Lula, sino un intento de avergonzar a Bolsonaro, barajar el juego y tratar de cavar un espacio que haga viable una candidatura de la derecha tradicional. Se trata de una iniciativa para organizar el juego político, centrada también en las aspiraciones populares de institucionalidad electoral.

La disputa de 2022

Ahora, toda la política institucional se posiciona para la disputa electoral de 2022, trabajando para «desangrar a Bolsonaro». Los cálculos pragmáticos empiezan a reinar entre los dirigentes que se consideran con densidad electoral. En la izquierda, todo parece girar en torno a la candidatura presidencial de Lula, que sale fortalecido del reconocimiento de la parcialidad de su condena. Pero la inestabilidad empeorará y no se enfriará, como ya hemos visto con la dinámica de la Comisión Parlamentar de Investigación (CPI) del Senado sobre el Covid y el empeoramiento de la pandemia. La sola presencia de Bolsonaro en la presidencia es, tras la intentona golpista de Trump en EEUU, una invitación a la aventura. Dar por sentado el proceso institucional es una temeridad.

La habilitación de los derechos políticos de Lula por parte del STF redefinió el marco político, que se ha vuelto crítico para la gran burguesía. Lo que mueve a los de arriba no es una identidad con Lula, sino un intento de avergonzar a Bolsonaro, barajar el juego y tratar de cavar un espacio que haga viable una candidatura de la derecha tradicional

La pregunta clave para descifrar la actual maraña política es: ¿puede Brasil seguir otros 18 meses en esta situación? En todo el continente, con los mismos problemas pandémicos que Brasil, la respuesta es la impaciencia de las masas que salen a la calle.

La pandemia produce un traumatismo sin precedentes en nuestra historia

Sin menospreciar la importancia de la lucha por las vacunas, imprescindible para combatir de forma duradera al Covid-19, la realidad que vemos en todo el mundo es que todavía no hay soluciones duraderas en el horizonte para las actuales crisis sanitarias.

Ya sea en el dimensionamiento de la crisis y la lucha social, en la lucha contra Bolsonaro, o en la articulación institucional, el tema de la pandemia es clave, condicionando a los demás. Y tiene una urgencia y un impacto definitorio, análogo al de una guerra civil de grandes dimensiones por el número de muertos.

La enfermedad se agrava radicalmente en nuestro país por el apartheid social y por las desigualdades amplificadas por cuarenta años de neoliberalismo. Establece una sinergia perversa con la crisis económica y social y con una política deliberada de genocidio. ¿Cuántos muertos tendremos en octubre de 2022 si Bolsonaro sigue en el palacio del Planalto?

Las crisis sanitarias parecen cada vez más complejas, con variantes del virus y escasez de inmunizadores, divisiones sociales deletéreas y desesperación de las pequeñas empresas, nacionalismo de las vacunas y lucha por la suspensión de las patentes, disputas geopolíticas y signos de una agresiva transición de la producción dirigida por Washington. Además, están los problemas de la novedad de la enfermedad: tenemos indicios de que una parte de los que contraen la enfermedad quedan con secuelas importantes. La enfermedad afecta cada vez a más jóvenes y son posibles las reinfecciones. El caso de Chile muestra que la vacuna reduce el número de muertes, pero es mucho menos eficaz para detener la transmisión del virus.

La izquierda debe romper con el sentido común (que los medios de comunicación y el gobierno inoculan) de que la inmunización sería suficiente para contener la pandemia y «volver a la normalidad». Brasil no es una isla (como Inglaterra o Australia), ni una sociedad de vigilancia total (como Israel o China).

En nuestro país, la pandemia se ve radicalmente agravada por el apartheid social y las desigualdades amplificadas por cuarenta años de neoliberalismo. Establece una sinergia perversa con la crisis económica y social y con una política

deliberada de genocidio.

No hay forma de que el país contenga las olas de contagio que se producirán en la apertura y el cierre de negocios y el número de muertos. Necesitaríamos una combinación de vacunas con políticas de distanciamiento social articuladas a nivel nacional -lo que está resultando imposible bajo el gobierno de Bolsonaro. La probabilidad de que la pandemia termine en Brasil en 2021 es cero. ¿Cuántos muertos tendremos en octubre de 2022 si Bolsonaro sigue en el Palacio del Planalto? ¿Cuántos millones llevarán las cicatrices de la enfermedad durante el resto de sus vidas? Por eso también la táctica de dejar que Bolsonaro se «desangre» hasta las elecciones de 2022 es un profundo error.

El partido, un proyecto rebelde y sus debilidades

En 2022, Brasil cumplirá 200 años de existencia como Estado formalmente independiente, con una construcción nacional soberana aún pendiente. El lugar del PSOL en la política brasileña se definirá por lo que tenga que decir al respecto, por su capacidad de intervenir en el momento crítico que vivimos.

El PSOL surgió para acoger a las izquierdas socialistas que se rebelaron contra el encuadramiento del gobierno de Lula en el orden neoliberal. Fue un pequeño pero importante espacio de resistencia de las ideas y prácticas socialistas cuando gran parte de las izquierdas se movían hacia un reformismo social-liberal pragmático. Esto no sólo ocurrió con el PT y el campo democrático y popular en Brasil, sino con el progresismo latinoamericano, aunque la corriente bolivariana desplegó más contradicciones con el orden geopolítico imperante.

El papel del PSOL se hizo más claro en el contexto global de los levantamientos populares contra las políticas de austeridad después de 2011 y su expresión en las movilizaciones de 2013. El PSOL también supo moverse en la

coyuntura del golpe institucional de 2016, entendiendo la amenaza a la democracia en el país

El PSOL fue, con el Bloque de Izquierda en Portugal, una referencia de un partido socialista amplio y plural, capaz de hacer converger lo esencial de lo que la prensa suele llamar la extrema izquierda para procesos sinérgicos de construcción común. Y fue capaz, al igual que el Bloco y a diferencia de otras experiencias (como Syriza en Grecia y Podemos en España), de resistir la tentación de los proyectos de gobierno reformistas. Al menos hasta ahora.

El lugar del PSOL -como partido de la izquierda rebelde en la escena brasileña- se agudizó en el contexto global de los levantamientos populares contra las políticas de austeridad después de 2011 y la expresión aquí en las movilizaciones de 2013. El partido se puso en sintonía con las manifestaciones de la juventud feminista, antirracista y antihomofóbica. El PSOL también supo moverse en la coyuntura del golpe institucional de 2016, entendiendo la amenaza a la democracia en el país, a veces con más consistencia que el propio PT, defenestrado del gobierno.

El Partido Socialismo e Liberdade se constituyó como una federación de tendencias, organizaciones y corrientes -un barco capaz de albergar a todos los socialistas- al tiempo que buscaba ofrecer espacios de militancia a los activistas no afiliados a ninguna de ellas. Las corrientes se alinean y realinean al sabor de las disputas de las coyunturas. Sin embargo, no pudimos avanzar en absoluto en la democratización de la vida del partido.

El partido pudo así acoger desplazamientos políticos de otros partidos y, en 2018, bajo el impacto del asesinato de Marielle Franco, dar un salto como espacio que acogió a luchadores sociales de diversos ámbitos. Si con Guilherme Boulos dialogó más fluidamente con las bases sociales petistas, con Sonia Guajajara, el PSOL comenzó a asumir, en la práctica, una

crítica ecosocialista más consistente al desarrollismo y a la visión progresista de la sociedad. El resultado fue el perfil actual de la representación parlamentaria del partido, con la elección de 10 diputados federales y 18 estatales, así como de Edmilson Rodrigues como alcalde de Belém -más de la mitad de ellos mujeres con un gran número de personas negras y LGBT.

Sin embargo, esta trayectoria se produjo empíricamente, sin debatir y afrontar una serie de problemas decisivos para cualquier proyecto político de carácter antisistémico.

Aquí están algunos de ellos:

1) La clásica «cuestión parlamentaria», debatida desde los tiempos de la socialdemocracia obrera alemana (siglo XIX), ha adquirido, según todos los indicios, contornos mucho más decisivos en las últimas décadas, con el secuestro de la política por el mercado y la pérdida de credibilidad de la representación de los partidos en las democracias liberales. Pero más allá de eso, en una estructura social tan absurdamente desigual como la brasileña, la intervención parlamentaria es completamente insuficiente como agenda de disputas. Necesita vincularse a los sectores más dinámicos de la lucha social y política, a las contradicciones candentes y a los actores decisivos de la formación social brasileña, a las tareas históricas no resueltas y agudizadas por la crisis nacional.

En el marco del sistema político brasileño, en el que el voto es nominal, los mandatos siempre han sido elementos que han debilitado la dinámica autónoma de los partidos políticos. En el PT, estos centros de poder autónomos ya sembraban el terreno en los años 90, con ejecutivos municipales y estatales, para la cooptación del partido por el aparato estatal. Pero después de 2013, con el reflejo de autoprotección de las oligarquías alojadas en el sistema de partidos y la proscripción de la financiación empresarial de las campañas, tuvimos una gran expansión del uso de fondos

públicos por parte de los partidos.

Los fondos del partido, los fondos electorales, las subvenciones a la Fundación del Partido, los cargos de dirección en cada nivel, el tiempo de televisión y, a veces, las cuantiosas subvenciones a los cargos convierten a cualquier partido con una importante representación en una máquina que busca autorreproducirse de elección en elección. A la presión por la institucionalización y nacionalización de la política se suma una cláusula de barrera que presiona por un mayor rendimiento electoral. Los parlamentares se proyectan a veces por encima del partido, sobre todo cuando se fortalecen en las contiendas mayoritarias, algo nada extraño a las tradiciones caudillescas de la política latinoamericana.

Pero no nos equivoquemos: ninguna de estas observaciones debe entenderse como antiparlamentarismo; los parlamentares desempeñan un papel central en la visibilidad de las agendas, en la iniciativa política con el Estado, en el acceso a los medios de comunicación y en el diálogo público contemporáneo. Necesitamos un partido fuerte, democrático y politizado para potenciar la intervención de nuestros mejores parlamentares. Pero cada uno de los problemas señalados, y más aún todos ellos juntos, plantean cuestiones para la actual «forma de partido» que no podemos naturalizar en un proyecto antisistémico. El hecho de que esto no esté tematizado en el PSOL demuestra hasta qué punto navegamos con el piloto automático.

2) El PSOL ha acordado, en su trayectoria, sucesivas variaciones de un proyecto antineoliberal. Desde las candidaturas presidenciales de Heloísa Helena, Plínio Sampaio y Luciana Genro, seguimos una trayectoria que, con idas y venidas, fue acumulativa.

Posteriormente, entramos en las sucesivas coyunturas de agudización de la crisis nacional y de aceleración brutal de la historia – y no sólo en Brasil: las corporaciones de

plataforma digital han tomado el lugar de las grandes corporaciones fordistas; la financiarización está en escala; China se postula como hegemonía del capitalismo global; la emergencia climática y la pérdida de biodiversidad pasan al centro de la agenda progresista, las desigualdades de todo tipo también se profundizan y un proyecto neofascista disputa el descontento con el globalismo cosmopolita. Analíticamente, esto significa cambios en la morfología de las clases, las identidades sociales, la relación entre la sociedad y el Estado, la relación entre lo nacional y lo global, y la propia idea de una sociedad que «domina» la naturaleza.

El socialismo se está metamorfoseando en todas partes en ecosocialismo, pero ¿qué sería una transición ecosocial en Brasil? ¿Cómo podemos recalificar el significado del progreso en esta fase crítica de nuestra historia? En el mundo donde las corporaciones de plataforma digital descalifican el trabajo y promueven el colonialismo global de datos, ¿cómo garantizar los ingresos y el empleo, las cooperativas y la reducción de la jornada laboral? ¿Cómo limitar el impacto del comercio internacional sin volver a caer en los viejos autarquismos? ¿Cómo retomar el proyecto altermundista y estructurar hoy una práctica de solidaridad internacionalista -cada vez más decisiva- desde Brasil, en una América Latina en llamas? Dado que la conflictividad social aumenta en todas partes, y que la lucha de las mujeres y de las poblaciones racializadas ocupa un lugar estratégico y galvaniza el conjunto del movimiento, ¿cómo podemos impulsar el tema popular interseccional? ¿Cómo promover el cambio social desde la autoorganización popular?

Estas y otras preguntas similares no tendrán respuesta en las disputas de los encuentros del congreso del PSOL, dominados por el «conteo de botellas» (votos). Requieren la articulación entre la teoría y la práctica por parte de un partido que tenga apertura política, vida plural y autoridad moral con amplios segmentos sociales. Aquí, como en el punto anterior,

seguimos, por ahora, navegando por el rumbo previamente establecido por el piloto automático.

3) El PSOL se constituyó, correctamente, como una federación de tendencias, organizaciones y corrientes -un barco capaz de dar cobijo a todos los socialistas-, al tiempo que buscaba ofrecer espacios de militancia a los afiliados no alineados con ninguna de ellas. Las corrientes se alinean y realinean al sabor de las disputas de las coyunturas. Frente a las polarizaciones, siempre hubo posiciones capaces de establecer mediaciones entre los polos y ofrecer síntesis parciales. Pero en 2016/18, con las distintas posiciones tácticas ante el golpe institucional y, posteriormente, con el PSOL integrando una alianza electoral con otros componentes, esta dinámica cambió. Nuevos sectores se incorporaron al partido y las tensiones internas se agudizaron, con la intención de ganar aires estratégicos.

Sin embargo, no hemos sido capaces de avanzar en absoluto en la democratización de la vida del partido; el PSOL no es, como tal, un espacio de organización para los activistas sociales que quieren un espacio acogedor para el debate y la organización fraternal, de alcance estratégico. El mundo digital también está transformando la forma en que el activismo socialista contemporáneo se informa, actúa y se organiza, pero el partido no ha conseguido hasta ahora potenciar el acceso horizontal a la información y el debate entre los militantes ni poner en marcha una intervención en las redes sociales más allá de la de los mandatos y las candidaturas. El PSOL es, ahora más que antes, un partido de corrientes internas de gran peso que necesitan convivir en esta difícil coyuntura crítica de Brasil.

Pero una estructura de partido centrada en la dinámica de las corrientes y en la disputa entre ellas limita la capacidad de realizar grandes debates estratégicos y de construir colectivamente una visión a medio y largo plazo. Hay que fortalecer las estructuras partidarias centradas en las luchas

concretas, como los núcleos territoriales y las herramientas sectoriales, que han demostrado mucha mayor capacidad de articulación de las luchas sociales y permeabilidad a construcciones distintas a las de la disputa por la correlación de fuerzas. Hay que democratizar una estructura enyesada que no se puede naturalizar.

El camino a seguir es arduo

Tenemos por delante la lucha crítica contra Bolsonaro, pero también el enfrentamiento de la pandemia, el reenvío de una salida de la crisis nacional y un PSOL con una enorme importancia estratégica, pero que también ha acumulado debilidades críticas. «¿Cuál es el lugar del PSOL en la crisis nacional?» es una pregunta abierta.

El camino hacia lo que muchos consideran el próximo punto de encuentro de la lucha de clases en Brasil, las elecciones de 2022, es arduo. No negamos su importancia, pero darlo por hecho es una temeridad; para que eso ocurra, Bolsonaro tendría que haber sido ya derrotado.

Tendremos, en cualquier escenario, que articular la disputa social, la intervención institucional y la búsqueda de protagonismo de nuestros portavoces, incluidos los candidatos a los puestos centrales en juego, o correr el riesgo de desaparecer de la escena política, dominada por la polarización Bolsonaro y Lula. El PT, disputando alianzas en el centro y en la derecha, ciertamente no tiene interés en abrir la puerta a un debate programático; tendremos que romperlo, en diálogo con amplios sectores. Tenemos la tarea de liderar nuestro partido y el proyecto estratégico para la coyuntura post-2022, en plena efervescencia, enfrentando nuestras debilidades.

Ninguno de los problemas reales a los que se enfrentan los militantes de una organización de izquierdas que se propone cambiar la sociedad se resolverá con los juegos de mayorías y

minorías fugaces en las disputas del Congreso, más aún en las condiciones excepcionales de la pandemia.

Se puede argumentar: ¿cómo afrontar estos retos en una coyuntura tan adversa? Pero es precisamente la coyuntura adversa la que nos obliga a enfrentarnos a estas cuestiones, como fue el caso de toda formación partidista que supo cumplir con el papel que se propuso en la historia. La invención, como dice el refrán, surge de la necesidad. ¿Qué vamos a proponer a quienes nos han acompañado en la trayectoria de la construcción del PSOL hasta ahora? ¿Que lean un libro de tesis para el Congreso del partido?

Hemos definido un proceso del Congreso que probablemente se enfrentará a muchas dificultades operativas a causa de la pandemia. Estamos, al final del primer semestre, en una meseta de dos mil muertes diarias, y pronto entraremos en el invierno, lo que desaconseja cualquier forma de encuentro presencial (recordemos que los países del hemisferio norte están ahora en primavera dirigiéndose al verano...).

El proceso de vacunación en Brasil -que no resuelve el problema, pero ya ayuda- sólo ganará escala a finales de año, cuando los países centrales terminen la inmunización. No es lo que muchos quisieran, pero es lo que la realidad nos impone.

En cualquier caso, ninguno de los problemas reales a los que nos enfrentamos en el PSOL se resolverá con los juegos de mayorías y minorías fugaces en las disputas del Congreso, más aún en las condiciones excepcionales de la pandemia.

En 2022, Brasil cumplirá 200 años de existencia como Estado formalmente independiente, con una construcción nacional soberana aún pendiente. El lugar del PSOL en la política brasileña se definirá por lo que tenga que decir al respecto, por la capacidad de intervenir en el momento crítico que nos toca vivir. Los retos planteados exigen una respuesta que combine el desplazamiento político con el debate y el pacto

interno entre corrientes, bloques y bandos que permitan la construcción de un proyecto estratégico y una hegemonía política legítima, que aún no existen.